

1863  
PQ 7797

.03

M5



BIblioteca UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

---

## MISIA JEROMITA

---

### I

De los Pérez Orza de Catamarca tengo ya hablado á ustedes en aquella ocasión en que saqué á la luz y expuse al aplauso una de las figuras más notables de la política argentina, el Dr. Don Adrián Rodríguez de Eneene, cuya dignísima esposa era una Pérez Orza catamarqueña de legítima cepa (que también las hay apócrifas, como se verá á su tiempo); pero, ni entonces por falta de espacio, ni ahora por sobra de asuntos, llegué á decir, ni podré decir, con menudos detalles, las mil y una razones que hacen á esta familia acreedora al estudio de los sabios psicólogos á la francesa, que así disecan un alma como un insecto, siquier la de ninguno de sus individuos fuese de éstas cortadas á la última moda de París, enfermas de mal del siglo, que tanto gusto dan á la crítica moderna. Quédese para más adelante, cuando en los archivos de la propia Catamarca vaya á recoger, con la ayuda de Dios y de mi buen deseo, los documentos indispensables para reconstituir la historia verídica y formal de estos parásitos de provincia, adheridos al cuerpo del Estado como la hiedra al tronco por medio de sus po-

derosos zarcillos, que en este caso han de llamarse pensiones, jubilaciones y empleos de toda clase.

Y si no, estenme ustedes atentos y verán la prueba: el padre, el jefe y patriarca de la familia, D. Jesús, pensionado como guerrero de la Independencia con grado de capitán; jubilados sus dos hermanos, D. Primitivo y D. Tadeo, y empleados los cinco hijos de D. Tadeo y los seis de Don Primitivo, estando casadas las hembras con prójimos que el que más y el que menos tenía su credencial vitalicia. Era cosa averiguada que en llegando un Pérez Orza de éstos á los cincuenta años, entraba en el descansado asilo de la jubilación, porque como le detestaban en la oficina, se hacía viejo para la ley apenas se le consideraba maduro para la vida.

Pues bien; el tal D. Jesús, el patriarca, según datos que poseo y he de comprobar oportunamente en los dichos archivos catamarqueños, aunque sean aquellos para mí de la más grande autenticidad por habérmelos confiado el mismo D. Juan Nepomuceno Monreal, miembro de la oficiosca familia é importante personaje de esta historia. . . . el tal patriarca, repito, no fué en su vida militar, ni vió la guerra más que por el ojo de la llave del juzgado en que actuaba de escribiente allá por el año 13. Parece, sin embargo, que alcanzó el grado de teniente de Guardias nacionales, pero sin moverse de la oficina ni guerrear con nadie más que con su propia pereza, ni lograr más independencia que la de su persona, así que los revueltos tiempos se calmaron y pudo acogerse á la suspirada jubilación. D. Juan Nepomuceno conoce al dedillo, naturalmente, su historia estupenda, y me la ha contado con tal gracejo, que por fuerza ha de reirse quien la escuche, y hasta la mancha vinosa que afea y desfigura la cara del narrador, parece como que se borra ó disimula. Es el caso que en los famosos tiempos de la preponderancia *eneista*, ayer, como quien dice, el entusiasmo público, al que convenientemente habian preparado algunos periódicos, maestros en lo de guirle por donde más

acomoda, se desbordó por los campos de la República en busca de uno de estos gloriosos restos de gran ejército, y en la modesta casa de D. Jesús Pérez Orza penetró, por error, como un torrente, sorprendiendo al viejo, que sus ochenta años invalidaban, y elevándole sobre el pavés, héroe venerable. No sé si se corrió el D. Jesús, ó si allá en su conciencia despertáronse pujos de protestas contra tamaña burla; pero, antes socarrón que cristiano, dejó muy lindamente que le pasearan en triunfo y que le consagrasen por tan guerrero, que el propio D. José de San Martín no le igualara. Advierte D. Juan Nepomuceno que esto sucedió en Buenos Aires, adonde el héroe catamarqueño se había retirado con sus dos hijas, Jerónima y Pantaleona, había mucho tiempo, y así pudo realizarse cosa tan fuera de la verdad, que si cualquiera de sus paisanos cayese en ello y supiera que este Pérez Orza de la apoteosis patriótica era el mismo guardia nacional del año de 13, le denuncia y descubre como el más redomado embustero del mundo. Y añade Monreal, el historiador, que como él se pasmará de aquellas proezas que le atribuían, no conocidas de él ni de su familia, decía con espartana sencillez, el D. Jesús:

—¡Sí, Nepomucenito: aquí me tienes, héroe y todo, cuando yo no lo sabia! La prensa y el público se han empeñado . . . ¿Qué quieres, Nepomuceno? ¿Cómo desairarles? ¡Estoy tan pobre y tan viejo!

Otorgáronle una pensión graciable, y por suscripción pública le regalaron la casa con jardín del camino del Caballito, donde vivió sus últimos años descansando sobre sus laureles. Era un vejete de facha vulgarísima, con más malicia que ingenio y más camándulas que latines; el papel que la burlona suerte le había asignado, supo encarnarlo con tanta propiedad, que oírle mentar las batallas, aventuras y lances corridos desde el año 13 hasta el veintitantos, era asistir á la viva representación de otra leyenda quijotesca; dizque, por embaucar más á sus admiradores, en la mitad del discurso arremangábase el belludo brazo y tam-

bién descubría el pecho, mostrándoles cicatrices acaso de sangrias ó de sabe Dios que operación quirúrgica; y como la mentira es á manera de veneno sutil que todo lo emponzoña, no sólo sus hijas, que nunca tuvieron noticia de tales hazañas, quedaron persuadidas de que habian pasado real y verdaderamente, sino el embustero mismo. En suma, que tanta maña se dió, que no le pudo nadie descubrir el engaño y murió en su cama muy tranquilo, abrazado á su sable viejo miliciano.

Muerto Don Jesús, pasó íntegra la pensión, creo que aumentada en tercio y quinto, á [su hija mayor, la que habia de disfrutarla mientras permaneciese soltera, y luego diré por qué aparecía la menor excluida de la herencia. Estas dos hijas eran como el anverso y el reverso de una misma medalla; frisaba la mayor, Jeromita, con los cincuenta años bienazonados, y no tenia con Pantaleona (ó Leona; que así la llamaban) más parecido que el indefinible del aire de familia; muy chata y abierta de ventanas la nariz, los labios gruesos, el color amulatado, los ojos grandes y de córnea amarillosa, ceñida la frente [por un casquete de pelos positos y teñidas las canas que, asomando debajo, denunciaban la mentira, de pecho generoso y cargada de carnes, fuera fea si en estos detalles, y sobre todo en los ojos negros, no atenuara defectos la simpatía, maga reparadora del clásico *irreparable ultraje*. También era Leona regordeta, pequeñita y morenilla, pero la maga que la protegía, la juventud, mucho más poderosa que la otra, encendiendo el carmín de los labios y el fuego de los ojos, tornasolando la negrísima cabellera ó adornándola con picarescos incentivos, como aquellos lunarcitos rojos, constelación de rubíes, que esmaltaban su nuca, entre los ricillos, derramaba gracia en toda su persona. La llevaba tantos años de ventaja la más vieja á la menor, que algunos afirmaban que debían pasar de veinticinco; y á la verdad, bastaba mirarlos para no haber menester de fe de bautismo, despertando sospechas, dudas y recelos tan grande indiferencia de edad,

des, no desvanecidos, con la misma franqueza, por el claro historiador Don Nepomuceno, cuya mancha vinosa, siempre que se tocaba este punto, parecía extenderse y cubrirle el rostro como un antifaz.

— Eso quien lo sabe es Don Jesús.

Pero Don Jesús no decía palabra; y como las gentes se mueren por averiguar y meterse en vidas ajenas, atando cabos, rastreando indicios y pescando datos, vinieron á caer en la cuenta de que Leona era, efectivamente, hija de Don Jesús, mas no de matrimonio, fundándose en lo siguiente: que cuando vino el Don Jesús de Catamarca, vino ya viudo y acompañado de Jerónima, que estaba entonces en todo el esplendor de sus veinticinco años; sólo Jerónima le acompañaba, instalándose los dos en una casuca de los barrios del Sud, haciendo vida modesta y no recibiendo visitas, ni cartas, pues, á lo que parece, habian reñido con Don Tadeo y Don Primitivo, y su salida del pueblo tuvo señales y ribetes de fuga. Que al poco tiempo apareció un rorro [en la casa, y ellos dijeron que le encontraron en el zaguán dentro de una cesta, y con la aparición coincidió la del primo y paisano Don Juan Nepomuceno Monreal, empleado en Catamarca á título de hijo de una Pérez Orza y trasladado á Buenos Aires, donde le colocaron ventajosamente en Hacienda... Que el rorro creció, y como llamaba papá á Dón Jesús y éste aceptaba el tratamiento con embeleso, y Jerónima, zarandeando á la niña, la decía — ¡Pobre hermanita mía, que no tiene mamá!... — deducíase que Leoncita habia sido introducida de matute en la familia, y el matutero, el calaverón, era Don Jesús, ó la lógica no merecía tal nombre.

Tercero (y va de pruebas): que ungido, por añagaza de la suerte, formidable guerrero Don Jesús, como á tal hija presentó en la nueva casa del Caballito á Pantaleona, y todos los que quisieron venerar de cerca su sable victorioso, admiraron aquella picaresca *morrocha*, que dicen en la tierra, y oyeron al patriarca: — Mi hija [menor... — y á misia

Jeromita:—¡Mi hermana!—Y por si quedaran dudas, al morir Don Jesús y figurar de heredera única la mayor, ¿no se dejó correr la versión de que la otra no heredaba por hija natural y afecta á su hermana, con quien vivía estrechamente unida, no queria deducir la acción correspondiente? Acatemos, pues, nosotros la opinión general, al menos por ahora y mientras á Don Nepomuceno le viene la gana de descorrer velos y aclarar misterios, si es que alguna vez ha de venirle y no nos deja á obscuras en castigo de nuestra impertinente curiosidad.

Porque, á no dudarlo, Don Nepomuceno sabia muchas cosas y las callaba, relativos á los Pérez (Orza de acá; en cambio, lo que no callaba, y antes lo decía á voces, prisionero que abrazado á la reja del calabozo demanda auxilio, era su unión desgraciada con la otra primita, hija de Don Tadeo, grillete matrimonial que no le dejaba recorrer libremente su camino y alzar el vuelo á las regiones de la política.... Empleado de nacimiento, jornalero de levita, criado en la holganza de la oficina y hecho á la seguridad de la mesada, no habia que arrojar toda la culpa á la provinciana enteca, aquella Maria del Socorro, que pasaba los dias de su vida como las cuentas de su rosario; aunque no impusieran el casorio exigencias de familia y la estúpida manía de atar voluntades ajenas, no llega Monreal á las alturas, y si le izan, se cae de su propio peso, porque era de la pasta de los neutros ó de los zánganos, de la ciega voluntad y ambición nula, como no fuera la de alcanzar la edad de jubilado sentado en el sillón de la oficina, entre bostezo y bostezo, cabezada va y cabezada viene, indiferente al movimiento general de progreso, que todo lo cambiaba y transtornaba en su redor, ostra humana durmiendo dentro de su concha. La grande inquina que guardaba contra Maria del Socorro, el rencor hacia todos los que intervinieron en aquella boda deshecha á los quince dias, era la gota de limón que le despertaba y estremecía; los ojos le bailaban de coraje, la mano cerdosa corria nerviosamente por su ca-

beza ya gris, pelada al rape, ó por la perilla, cuya punta retorcia y levantaba para morderla.

—¿Socorrito? Estará rezando sus letanias; debe de ser buho, demonio, que sé yo, por lo que vive. ¡Mire usted que no morirse! ¡Y tener que pasarle alimentos, cuando con el aceite de las lámparas le bastaria!

Con quien se desahogaba á sus anchas era con su prima Jerónima, en las visitas que la hacia con frecuencia desde su venida de Catamarca; á poco de quebrar los platos con Socorrito, lo mismo en la casuca del Sud que en ésta que la gratitud popular consagró á Don Jesús; ya detrás de la persiana de la salita, cuando en el verano se abrían las maderas para dar libre entrada al frescor aromático de la tarde, y se distraían con el paso de los tranvías, que poco más allá de la puerta de hierro de la casa tenia su parada el de Almagro, y allí era el enganchar y desenganchar de los caballos, el atropellarse de los pasajeros, el tocar del cuerno del mayoral, para que las criadas del barrio dejaránse ver.... O también paseando el jardincillo que, entre las habitaciones en fila y la tapia, cultivaban las mujeres; algunas veces sentados debajo de la higuera añosa, viendo cavar en la huerta á Sebastiana la gringa, marimacho que para todo servia, fregaba, barria, guisaba, revuelta de pelos y sucia, cuyas manazas eran de ángel para aderezar los macarrones, tallarines y demás pastas succulentas de la cocina italiana; viendo recogerse á las gallinas, saltar en las puercas estacas del corral, picotearse airadas, despeñar las más fuertes á las tímidas y adormecerse luego todas en la sombra, mientras los señores gatos de la casa, *Palitas blancas* y *Barcino*, y la perra de lanas *Diamela*, se disputaban el favor de acurrucarse en el regazo del ama ó restregarse en las ropas del tertuliano. Encima de la tapia, erizada de vidrios rotos, del otro lado de la calle, brillaba la suntuosa villa del rico alemán Franz Blumen, con trazas de castillo feudal, aplastando á su modesta vecina como una dama de copete á una pordiosera.... También solian recorrer los tres la ancha

calle que se llamó *Real de Flores*, y continuaría siéndolo si las sabias leyes municipales dejaran en paz á los árboles y so pretexto de ensanches, delinaciones y desacuerdos frecuentes, no abatieran los mayores y más hermosos, hasta que daban en las mismas rejas de la casa de Dolorcitas Cadenas, la cual, sentada en la ventana baja, vestida de claro y con jazmines en el pelo, espiaba cada tranvía irguiendo el hermoso busto, poniendo en blanco los ojos, componiendo los pliegues de la falda así que sonaba el cuerno cercano. Lo mismo era aparecer al pie de la ventana los tres paseantes, que comenzar á chillar Dolorcitas y misia Elvira, la mamá, que en el fondo de una mecedora se adormilaba, despabilándose al punto y chillaba más recio, y Leona y misia Jeromita.

—¡Cuánto tiempo! ¡Qué ingratonas! ¡Si parecía que vivirían á dos leguas! Pase que en la época del luto de Don Jesús.... pero ahora. Ellas también, cuando la llorada muerte de Don Jorge Cadenas, que se les quedó en los brazos como un pajarito el día menos pensado, se encerraron de tal modo que ni las monjas... Habían de vengarse no yendo á visitarlas en un siglo... ¿Jorgito? En la ciudad, ese no regresaba sino por el último tranvía....

Llovían los chés y las carcajadas como pedrisco, y entraban todos á gustar con las Cadenas el bien cebado matecito, ó volvíanse paso á paso, muy preocupada Leona, y en vivo secreto Don Nepomuceno y la prima mayor, debatiendo, acaso, el asunto del noviazgo de la chica con aquel títere de Jorgito, empleado de corto sueldo en Relaciones Exteriores y picado del dandysmo y del afrancesamiento más atroces, poeta á ratos, decadente, que es lo que priva, y sin un centavo; pues bien se sabía que papá Cadenas no dejó ni para el entierro, que murió arruinado, desesperado de haber visto fundirse entre sus manos, como polvo de nieve, aquel almacén de ferretería de tan sólidos cimientos, que la nueva razón social Barbabosa, Nero y Compañía reconstruyó sin esfuerzo; bien se sabía que la madre y la hija

cosían para fuera, no pasando mayores necesidades gracias al sueldo del muchacho. Es cierto que no era Leona más rica, pero mientras viviera su hermana .... y después....

Los ojos de misia Jeromita fulguraban como los verde y redondos de *Barcino*, explicando con elocuencia las reticentes palabras, detalles sueltos de algún oculto proyecto, que obligaban á Don Juan Nepomuceno á quitarse el sombrero y rascarse la cabeza gris. La conferencia seguía luego junto al piano, que la joven manoteaba á su gusto, e jecutando la *Plegaria de una virgen* con agravio de corazones y de timpanos sensibles.....

Pantaleona quería mucho á Monreal, le consultaba, le refería sus secretitos, le descifraba los de la hermana, según el humor ó el capricho, cepillándole la ropa entre tanto, sujetándole un botón, que era él muy desidioso y nada pulcro; y él escuchaba fascinado, dejábase zarandear como un pelele; mirando los lunares rojos de su nuca, la decía con ternura:

—Sí, Leoncita, ya verás.... no hagas caso.... todo se arreglará.... ¿Otro botón? Pero ¿quién ha de pegarlos, si no tengo mujer en casa?.... Mira, Leoncita, cada día te pones más mona....

El deseo de besar los lunarcitos estremecía sus labios, y se volvía, muy pálida la media cara y sumida la otra media en las sombras de la mancha vinosa, como luna en menguante. Algunas veces iba Pantaleona, acompañada de Sebastiana ó de misia Jeromita, á poner un poco de orden en las dos piezas que en la calle de Montevideo habitaba el empleado, generalmente los domingos y á hora fija, para encontrarle, y el repasar de la ropa la ocupaba mucho tiempo.... Reíase de ver su retrato sobre cómodas y consolas, entre los pares de botas y las cajas de betún, colgado á la cabecera de la cama encima del crucifijo negro, ó rodando en sueltas fotografías, que hoy estaban ensartadas al canto del espejo y mañana debajo del destripado sofá de yute.

—¡Pero Nepomuceno! ¡Qué favor me haces! Me tienes dentro de la palangana.

—El aire, hija—contestaba Monreal excusándose,— que se cuele por esas ventanas y todo lo desbarata. Si yo no paro aquí más que para dormir. La oficina me roba el tiempo. Precisamente este retrato es aquel que te sacamos cuando tenías quince años. ¡Qué bien estás! ¿Y ese otro? Es el último, el del luto del tío Jesús. Si no fuera por tí y Sebastiana... La casera es una señora de estas venidas á menos, y no se la puede decir nada porque se sube al tejado. ¡Dios nos asista! Aquí hace falta una mujer, Leoncita; yo no entiendo de gobierno doméstico, y una casa sin gobierno, figúrate: la torre de Babel, esto que ves y te espanta; pero ya llegará el día.

—¿Qué? ¿Piensas casarte, Nepomuceno?

—Cuando enviude, cuando se lleven los demonios á esa bruja maldita, bien pudiera ser, sesentón y todo. Y ya tardan.

—Pues tendrás que esperar sentado. Socorrito no se dejará llevar á tres tirones.

Descomponfale á D. Juan el coraje y había que mudar de conversación: recordar, por ejemplo, los tiempos de la niñez, las trapisondas infantiles, las aventuras de colegios de la indómita Leoncita; ¿quién la protegía del padre y de la hermana, la llevaba dulces, la acompañaba á los fuegos en los *veinticinco* y á los teatros de tarde? ¿Quién era el primero que los días de visita se presentaba en el locutorio de las hermanas? ¿Quién el más cariñoso, el más generoso, el más buenc?, pues el primo Nepomucenito; Jerónima no la ocultaba que en días de estrechez, cuando el Gobierno aún no se había acordado de los grandes servicios del padre, sendos pellizcos dió el primo á su sueldo para ayudarlas... ¡No había de quererle ella, con cariño casi filial, si se había criado sobre sus rodillas!

Enhebraba una aguja, hacía un nudo y terminaba el panegírico volcando el incensario.

—Eres un santo, Nepomuceno, y debías estar en los altares. ¡Mereces ser más feliz!

Contestaba Monreal llamándola picarona y aduladora, y llegara á enternecerse si la presencia de Sebastiana no estorbaba y la vieja costumbre de dominación de sí mismo no contuviera los naturales arranques. Luego que ella se marchaba, paseaba como un sonámbulo, resoplando cual si le faltara el aire ó aspirar quisiera todo el aroma que Leoncita había dejado; é iracundo, de un cajón de la cómoda sacaba un retrato, el de Socorro, tocada de beata, y poniéndole de blanco el asaeteaba á navajazos, martirio que el San Sebastián de cartón sufría sin quejarse. Las soñolientas horas de oficina aumentaban la congoja de su *idea*, y en el perezoso transcurso de la semana lo volvía cien veces y otras ciento.....

El día que Pantaleona le confió sus primeros telégrafos con el chico de Cadenas, se quedó alelado, como si el despertar del amor en un alma juvenil fuera asombroso fenómeno y nunca visto; extraños y misteriosos celos le torturaron, supo disimular, aunque no se cuidara de contener el desborde de su incomprensible antipatía hacia el audaz pretendiente; á ver, ¿qué prisa tenía Leoncita? Pobre y todo, ¿no encontraría más ventajosa proporción? ¡Jorgito! ¡Un mequetrefe sin porvenir! ¡Valiente pareja! Se roerían las uñas, se tirarían los platos á la cabeza!... Pero ni augurios fatales ni amargos consejos dieron juego alguno, y hubo de asistir, impasible, á la invasión de las Cadenas todas y subsiguiente triunfo del pollo, llegando á conocer sus cartas amorosas, que Pantaleona le daba á leer para que las descifrara, pues venían en verso las más de ellas, y aquello de *Libélula gentil arcana*; ó testotro: *Del pensamiento azul la onda sonora*, y también: *Lirio de plata que de Abel la cima*....., con otros disparates, no lo entendían ella ni Monreal, ni el poeta que lo engendró.

Confidente fué asimismo, de sus dulces regaños, en los que intervenía más para agriarlos que para apaciguarlos;

con perfidia maquiavélica, y á fuerza de ver á Leoncita hablar con el otro de lejos por medio de los dedos, aprendiera el lenguaje de los sordo-mudos, si en él pudiese expresar lo que obligado estaba á guardar.

—¿Por qué no le quieres á Jorge, si es tan bueno?—decía la joven.—¡Anda, celoso! ¡Si no puedes disimularlo! ¿Crees que el querer yo á Jorge significa olvidarme de tí? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Nepomucenito, eres un pavo.

Ocurrieron entre tanto sucesos graves que distrajeron el singular resentimiento del viejo y le alarmaron más que todas las estrofas de Jorgito: como urraca que va recogiendo cuanto encuentra y en su rincón lo amontona, con sigilo, en cada visita á la calle de Montevideo, á hurto, naturalmente, de Sebastiana, ó en discreto aparte en el Caballito, Pantaleona le aportaba un dato nuevo, producto de su inquisitorial pesquisa, y la alarma de Monreal crecía más cuanto más la noticiera ahondaba en el secreto. Hoy: «Es joven, rubio y parece italiano.» Mañana: «Seguramente es italiano.» Luego: «Juraría que viene por Jeromita.» Dos días después: «¡Que reza con ella, vaya!» Seguía ahondando la noticiera y creciendo la alarma de Monreal. «Se llama Fortunato Lucca..... Le he visto hablar con ella..... Todos los días en el tranvía de las doce se marcha Jeromita y no vuelve hasta las seis..... Está nerviosa é insufrible..... Recibe cartas, muchas cartas..... Ayer me la descaré y casi me pegó..... Me parece que esto va á acabar mal..... Puedo afirmar que se llama Lucca, y que la cosa va con Jeromita.

—¡Asómbrate, Nepomucenito, añadió un día la inquisidora.—Ha venido á casa, nos ha hecho una visita de dos horas; sí, el Sr. Don Fortunatú Lucca, muy bien trajeado, muy fino, muy zalamero; lucía un alfiler de corbata, de coral y diamantitos; yo he visto en alguna parte esa esfera rosada, y el cintillo; los reconozco. Está empleado en la ferretería de Barbarossa. ¡Qué peine, *ché*, qué peine! y como buen mozo, es todo un buen mozo. Ese se cuele por el ojo de una

aguja. Y Jeromita derrétida, hecha un merengue..... Yo les dejé plantados y me fui á la huerta, de rabia.

Esta vez D. Juan Nepomuceno se disparó:

—Tu hermana ha perdido el juicio, ¿sabes? y tendremos que darla un baño frío de asiento, como á las gallinas cluecas.

No se presentó en el Caballito lo menos en un mes, y anduvo como autómatas, distraído con su *idea*; el apático Monreal, de ordinario, pareció á todos, á la casera, misia Mercedes, al mozo que en la *Antigua Fonda Española* le servía, á su dueña Doña Manuela Romacha y á sus compañeros de oficina, próximo á despeñarse en los abismos de la chifladura, viéndole enflaquecerse, perder botones y abandonar las manchas de su ropa. Porque él no iba allí; pero tampoco venía Pantaleona; lo que le determinó al cabo, á meterse en el tranvía, un jueves santo por más señas, después de vagar por calles y templos, paseando su levita raída, su chistera grasienta y su tristeza entre la muchedumbre de elegantes devotas.

Su *idea* le llenaba el cerebro, le cerraba ojos y oídos, le iluminaba el alma toda entera. ¡Ah! Jeromita había perdido el juicio y la memoria, olvidaba el por qué de la escapatoria de Catamarca, la desesperación de D. Tadeo, la sorpresa y la furia de Don Jesús, el *maremagnum* de iras, discordias, recriminaciones y escándalos que agitó á la hasta entonces tranquila familia, dividiéndola para siempre en dos bandos irreconciliables, como el aceite y el vinagre.... Sobre todo, el compromiso, aquel compromiso noblemente pactado entre los dos. Y todo esto lo olvidaba la otra, comprometiendo el porvenir de Pantaleona al declinar de la vida, cuando había resistido en la juventud el cerco de más de un desocupado!.....

—Si está más vieja que Matusalén,—le soplabá al oído la señora Lógica;—los cincuenta años le han comido sus atractivos, como los gusanos una manzana; no tiene pelo, no tiene dientes, la desfigura la grasa, la manan los ojos...

bias varas de nardo, que se agrupaban en la desahogada boca de un florero panzudo, mezclando su violento perfume al del sahumero, ponían á prueba de jaquecas los nervios mejor templados... Quitáronse las mantillas las señoras; en el hueco de la ventana buscaron refugio Leona y Jorgito, la mamá y Dolores se sentaron ni muy cerca ni muy lejos; misia Jeromita, de pie, junto al sofá, desnudaba sus manos de los mitones, algo nerviosa, mirando con disimulo y desconfianza al primo, que en aquel momento tenía el aire de juez severo, dueño ya del cómodo asiento y hundido el brazo en el almohadón, tapada la media cara blanca por la palma de la mano, de modo que la sombra de la mancha vinosa asemejaba su cabeza á estas de talla antigua, obscuras por los siglos; tan inmóvil estaba y callado.

—Pues, sí—dijo la alterada voz de la de Pérez Orza—nuestro señor primo nos ha tenido olvidadas un mes entero... Yo le dije á Leona: no iremos nosotras tampoco; dejaremos que se lo coma la polilla y se le ilene el cuarto de basura, porque esto de ejercer la caridad con ingratos...

Tiró al aire el último mitón, y se sentó á su lado, desafiándole, provocándole á la batalla, deseosa de entrar en pelea contra aquel juez que osaba alzarse enfrente de ella. Cuanto la señora Lógica soplara en el camino á D. Nepomuceno, lo confirmaba ahora el gas con escándalo de los ojos, aumentando defectos y denunciando los alevosos afeites de la dama.

—Jerónima, tengo que hablarte—insinuó penosamente Monreal.

—Habla cuanto quieras, si estoy rabiando por oírte—contestó agresiva la solterona.

—Es reservado....

—Mejor.

—Sarà largo....

—Con tal de que no me hagas dormir.

El duelo comenzó en voz baja, al compás del susurro de los dos tórtolos, de los bostezos de misia Elvira y el aba-

niquero de Dolorcitas; al principio, por preguntas y respuestas breves, secas, botonazos de ensayo que, á poco, se convirtieron en serias estocadas: las cabezas de ambos combatientes se erguían, y sacudíanse como si fueran á embestirse; las manos se agitaban, se buscaban, huían al repentino contacto y de nuevo alzábanse para rechazar una acusación ó sostenerla, sofocada la señora, furiosa, revolviéndose á cada golpe; y él, implacable, cuidando sólo de que el rumor de la disputa no trascendiera: los labios, blancos de cólera, dejaban caer expresiones sueltas:—Qué te habías creído.... —Pues, sí.... —Tendría que ver.... —Lo que me dé la gana.... Y el borbotón de palabras atropellábase confuso.

Se oyó decir á Pantaleona:

—¿Ve usted, Jorgito? esto sí que se entiende: *Cadena soy que te encadena.... Guárdate en la cárcel de mi pecho...., Y á tu guardián, por fin, tã le aprisicnas....* Muy bonito, muy conceptuoso.

—¡Psh!—hizo el poeta, inflándose—los he compuesto así, al correr de la pluma, pero no me satisfacen. Los encuentro vulgares. A usted, apasionada de Bécquer y de su escuela empalagosa, naturalmente, le parecieran buenos. ¡Si usted leyera el francés, y pudiera saborear á Verlaine, el dios Verlaine! eso es poesía, eso es tener alma, eso es saber engarzar una idea en cada palabra, perla de Oriente en su montura de oro finísimo; lo demás no pasa de sensiblería, que rechaza nuestro fin de siglo. Por supuesto, que la deleitará á usted Fernando Hierro, nuestro Bécquer llorón y trasnochado, ¡quite usted allá, por Dios! Hierro, el pu rista el clásico.... ¡No me hable usted de la escuela española! ¡El español es duro, hasta ordinario! El francés, en cambio, es la lengua por excelencia: yo, palabra de honor, no leo sino en francés, y tengo hechos algunos ensayos que se los mostraré á usted, aunque no los entienda.

—Todo lo que usted quiera, Jorgito; pero, aunque me llame usted vulgar, á mi español me atengo. *Cadena soy que*

le encadena ... Lea usted, Elvira, están preciosamente hechos.

—¿Qué periódico es ese?— preguntó la mamá, abriendo boca tamaña.

—*El si de las niñas.*

—A ver, á ver,— exclamó Dolorcitas— busca los novizgos; me han dicho que salen ustedes en el último número.

—¡A ver, á ver!

Tendiéronse todas las manos al periódico, que, con las alas abiertas, reposaba en las de Leona; pero ésta no le soltó, más curiosa que las otras.

—En la sección *Marina*— apuntó Dolorcitas con el abanico.

—¿Marina? ¿qué tiene que ver?... ¿Será esto? *La gentil balandra P. P. O., con el bergantín J. C., de la matrícula del Caballito, se harán muy pronto á la vela, con rumbo á las costas de Himeneo...* Pero, ¡qué tontos!

—¡Qué barbaridad!

La voz de D. Nepomuceno sonó como un trompetazo, y sus labios coléricos arrojaron sobre la enconada adversaria nuevo flujo de razones, como lluvia de piedra; misia Jeromita se defendía con calor, firme en su terreno, sin perder compostura, sin alzar el diapasón, manejando ya la ironía, ya el desprecio, riendo unas veces y oponiendo á las estocadas del primo el argumento poderoso:—Lo que me dé la gana...—escudó en que D. Nepomuceno se estrellaba, y contra el cual daba golpes y testarazos.—Si aunque quieras...—Si no puedes...—Solamente una conciencia ciega, una cabeza destornillada...—La señora repetía:—Lo que me dé la gana...—Y el respingo hacía temblar el artefacto de su cabeza, la complicada peluca color de castaña.

—¿Qué pasa?— preguntó, bajito, misia Elvira.

—No sé, lunas de Jeromita, que está inaguantable,— cuchicheó Pantaleona;— acaso el pobre Nepomuceno, que nos quiere bien, la aconsejará algo... ¡vaya una á saber!

Se distrajeron, porque el joven poeta, en la más graciosa galiparla, exponía sus grandes proyectos para el porvenir, sobre la base firmísima del prometido ascenso en Relaciones, que le abriría á dos batientes las puertas de la diplomacia. ¡A qué buenos aldabones se agarraba! Al Ministro y al Presidente los tenía en el bolsillo... ¡Oh, papá Estado cumplía dignamente su misión! la de amparar á los huérfanos, los inválidos, los desheredados todos de la República: todos los que, por culpa de la suerte, que les negó fortuna, inteligencia ó voluntad para el trabajo, víctimas fueran del vicio y de la miseria si papá Estado no les cubriese con su manto. ¡El Estado! *pater noster*, el padre nuestro, cuyo sagrado deber es dar pan y vestidos á los que no saben ganárselo; cargar con las deudas y errores ajenos; ser el Cirineo de los ciudadanos. Ya lo dijo Rousseau: que la educación y amparo de los hijos corresponde al Estado, á cuyo efecto le cedió en la forma que ustedes saben, echándoles á la inclusa, los que Amor les dió generoso; máxima esta que, atenuada conforme la civilización exige, habían puesto en práctica muchos (sin duda aludía á los Pérez Orza de Calamarca), colocando en una oficina pública á cada vástago así que le apuntaban los dientes:—¡Anda y que te crde el Estado!... También á él hubo de recoger el soberano protector, cuando le faltó el apoyo de su padre, Don Jorge Cadenas. ¿Y qué fuera de él si no le recoge, no habiendo nacido con alientos de ganapán, y la divina Poesía, arrebatándole á la realidad, le apartaba del surco donde el trigo germina? ¡Papá Estado, gracias! ¡tu hijo Jorgito te saluda!

—¿Ha leído usted á Rousseau, Sr. D. Nepomuceno?— preguntó Jorgito.

Don Nepomuceno, sobresaltado, contestó:

—¿A quién? Déjeme usted en paz; yo soy criollo viejo y no leo más que *La Opinión* por la mañana y *El Cotidiano* por la tarde.

Velvióse, al mismo tiempo, y advirtió la triunfante son-

risa de misia Jeromita; la vió satisfecha de haberlo vencido, resistiendo valerosamente el empuje de los argumentos de odo calibre que empleara para que imperase la razón allí donde el delirio sentaba sus reales; y aunque callada estaba, fatigada también de la batalla, le pareció escuchar el irritante estribillo:—Lo que me dé la gana.....

Misia Elvira decía:

—¿Y cuándo te ascienden Jorgito?

—¡Oh! Cualquir día —contestó el joven, acariciando su barba amarilla como huevo hilado;—precisamente espero pronto una vacante.

—¡Ah! Sí —dijo Leona riendo, —debilidades de papá Estado, que desea complacer á su *enfant gaté*, como usted dice, Jorge, y le hará un huequito.

Monreal se levantó. Levantose también misia Jeromita, midiéndose mutuamente, los ojos relampagueantes.

—¡Nepomuceno!

—¡Jerónima!

Monreal humilló la cabeza y dirigióse al grupo de la ventana, el que curiosamente le interrogaba con gesto mudo, que tradujo luego Pantaleona:

—¿Te vas ya? ¿Qué tienes?...

El no podía hablar y la estrechó más conmovido que nunca la fría manecita. Y salió dando tropezones.

No volvería más, no volvería más. Su *idea*, su generosa *idea*, no se realizaría nunca, nunca.

Creó sentir en los faldones el afrentoso contacto de una bota, la del joven y rubio italiano, muy fino y zalame-ro, que lucía un alfiler de corbata de coral y diamantitos; la bota, de charol seguramente, del Sr. Don Fortunato Lucca.....Para colmo de desventuras, la perra de lanas, la blanca *Diamela*, le ladró en la puerta y le mordió los zancajos.

## II

Asáltanme grandísimo temor y confusión, ahora que obligado estoy á referir la interesante conferencia de ambas hermanas, pocos días después de aquel en que Don Juan Nepomuceno Monreal fué vergonzosamente derrotado: ¿qué locuciones escoger y qué giros para expresar con fidelidad cuanto dijo misia Jeromita y contestó Pantaleona, de manera que todos los que me leyeren me entiendan? Porque desde que di en la menguada idea de componer estas *Novelas*, ciertos críticos (que también los hay por acá, aunque parezca mentira) vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el *idioma nacional* que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea. Siempre he tenido la sana intención de hacerlo del mejor modo que mi ignorancia y el mal ejemplo me permitan, pero es tan importante la dicha conferencia, y tanta miga encierra, que no deseara yo que, por torpeza mia, dejase el lector de gustarla: así, voy á ensayar contarla en dialecto criollo, que es, á lo que se me alcanza, el *idioma nacional* de los respetables críticos citados:

«Recién se había levantado misia Jeromita y estaba de bata y pollera de lustrina negra mateando en el jardín, cuando acertó á salir Pantaleona de su cuarto con un durazno, que pelaba, sin duda para comérselo.